



# COSITAS SUELTAS

Por Carlos Robreño

PASADO mañana, al cumplirse un aniversario más de su fusilamiento por las tropas españolas en el Foso de los Laureles, se le rendirá un homenaje de recordación al dulce cantor de "Fidelia", al inspirado Juan Clemente Zenea.

Tal ceremonia, que se viene celebrando anualmente, acaso desde hace cuarenta años, fué iniciada entonces por su ya desaparecida hija Piedad.

"En el arábigo idioma,  
Lulú significa perla"

como le llamaba a ella en su niñez, lleno de paternal cariño, el poeta-mártir a quien la Historia, siempre reparadora de errores o intrigas humanas, ha reivindicado no dejando el menor asomo de duda en torno a su conducta que trajo como consecuencia su prisión en la isla de la Guanaja, su posterior largo cautiverio entre los muros de la Cabaña, y en definitiva su inmólación frente al batallón de ejecución en aquellos días grises de la década homérica.

Zenea ha sido calificado por la crítica como la respuesta cubana al sevillano Gustavo Adolfo Bécquer, y no sería temerario afirmar que el tierno autor de las "Rimas" firmaría sin desdoro muchas de las líricas composiciones del bardo criollo.

"Las campanas de la tarde  
saludan a las tinieblas  
y en los brazos del reposo  
se tiende Naturaleza.  
Y tus ojos se han cerrado,  
y llegó tu noche eterna.  
He venido acompañarte  
y ya estás bajo la tierra.



Zenea, encerrado su cuerpo en aquel lóbrego calabozo de la fortaleza habanera, hace volar, sin embargo, libremente, su espíritu por las doradas regiones de la poesía, y jornada tras jornada, formaba lo que luego se ha llamado "Diario de un Mártir", y de sus páginas la más popular de ellas quizás sea la de asunto menos ori-

ginal. A su patética "Golondrina" puede encontrarle un Aristarco meticoloso un origen italiano o francés.

Para nosotros, profanos en la materia, la más hermosa de sus composiciones es aquella que va perfilando a través de sus "Días de Esclavitud" en que describe con la misma firmeza que un pintor pudiese hacerlo sobre un lienzo, aquel atardecer en que forzado por sus ideales libertarios, se aleja de las playas nativas, y desde la cubierta del buque dice:

"Asoman solitarias las estrellas  
y engalanan las orlas del espacio  
las tintas melancólicas y bellas  
del ópalo, las perlas y el topacio.  
Empieza a vacilar la incierta raya  
que dibujan las costas y los montes;  
húndense las palmeras de la playa  
y se tiñen de azul, los horizontes.

Más tarde analiza el motivo de su exilio y no se avergüenza, exclamando:

¿Qué nos fuerza emigrar? Si yo quisiera  
vivir del deshonor y la perfidia,  
volviese a Cuba y disfrutar pudiera  
de viles gentes la rabiosa envidia.  
Que allí, para morar como los Brutos,  
basta ser al oprobio indiferente;  
llevar a Claudio César los tributos,  
mostrarse humilde y doblegar la frente.

Por último, en un arranque de desesperación hace surgir de su corazón estrofas que, como las anteriores, todavía pudieran tener vigencia en la época actual:

"Tengo el alma, Señor, adolorida,  
por unas penas que no tienen nombre,  
y no me culpes, no, porque te pida:  
otra patria, otro siglo y otros hombres.  
Que aquella edad, con que soñé, no asoma;  
con mi país de promisión no acierto:  
mis tiempos son los de la antigua Roma  
y mis hermanos con la Grecia han muerto.

M, Aug 23/56